

Sor Juana: aprender sin maestro

Inocente Peñaloza García

I. ¿Esposa o monja?

En la personalidad de sor Juana Inés de la Cruz, la escritora novohispana más importante del siglo XVII, son tantos los aspectos de excelencia que uno no sabe cuál admirar más, pero el más impresionante de todos es su asombrosa facilidad de aprender.

Sin padres ni maestros que pudieran

orientarla en la búsqueda del conocimiento –si acaso con el apoyo de su abuelo, que le enseñó a leer versos– sor Juana fue una cumbre de su tiempo y demostró que el autoaprendizaje no es una mala opción para internarse en la sabiduría.

“Los profetas del género humano y la mayoría de los inventores –observa el universitario Gordon Allport– no han pertene-

cido a escuelas, colegios superiores o universidades. No obstante, han tenido la excelencia que aspiramos a producir por medio de la educación superior”.

A su vez, Brand Blanchard, de la universidad de Harvard, sugiere: “Nos hace provecho a nosotros, los académicos, recordar una que otra vez que Chaucer y Shakespeare, Keats y Bowring, Jane Austin y Dickens, Moll y Shaw nunca fueron a la universidad. La verdadera universidad –dijo Carlyle– es una colección de libros”.

Así lo entendió nuestra sor Juana –bautizada como Inés, hija de la Iglesia, en la parroquia de Chimalhuacán de Chalco, en 1648–, nuestra sor Juana que, incomprendida por su siglo, forzada a escoger entre matrimonio y convento, optó por el convento... y por el estudio.

II. ¿Placer o tormento?

En el más autobiográfico de sus textos, que es la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, la propia monja nos cuenta el despertar temprano de su ansioso apetito de saber:

“...no había cumplido los tres años de mi edad, cuando, enviando mi madre a una hermana mía mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman ‘Amigas’, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura, y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la Maestra, le dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble, pero por complacer al donaire, me la dio”.



Inocente Peñaloza García. Cronista de la UAEM. Periodista desde 1955 y profesor de Literatura desde 1965. Ha publicado libros como *Toluca en la vida de Ramírez y Altamirano* y *La Revolución Mexicana, pensamiento y acción*.

Viene después el sucinto relato de sus vigili-
as, de sus afanes, de su desesperado
intento de querer asistir a la universidad y
no poder hacerlo, de encerrarse entre cua-
tro paredes para devorar los pocos libros de
su abuelo, hasta aprenderlos casi de memo-
ria; de no compartir la frivolidad de otros
jóvenes, de viajar a México y de imponerse
en el estudio, anticipándose al convento,
severas disciplinas:

“Empecé a deprender gramática, en
que creo no llegaron a veinte las lec-
ciones que tomé; y era tan intenso mi
cuidado, que siendo así que en las
mujeres —y más en la florida juven-
tud— es tan apreciable el adorno natu-
ral del cabello, yo me cortaba de él
cuatro o seis dedos, midiendo hasta
dónde llegaba antes, e imponiéndome
ley de que si cuando volviese a
crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa
que me había propuesto deprender
en tanto crecía, me lo había de volver
a cortar en pena de la rudeza”.

En la ciudad de México, alojada en
casa de unos tíos ricos, la joven Inés recibía
entonces las famosas lecciones de latín
que le dio el bachiller Martín de Olivas, el
único maestro que tuvo en la edad juve-
nil.

Vinieron los años de la corte, cuando
Juana Inés brilló en el palacio virreinal, bajo
la protección de los marqueses de Man-
cera. De aquel tiempo, algunos de sus bió-
grafos especulan que conoció el amor,
cuando fue pretendida por un apuesto
cortesano; sin embargo, otros prefieren
creer que la joven doncella sólo aprendió el
amor —sustancia de muchos de sus versos—
a través de los libros y en los amores de
otros.

Lo cierto es que unos años después,
enclaustrada ya en el convento de San Jeró-
nimo, sor Juana emprendía la parte más
intensa de su vida autodidacta.

En la *Respuesta...*, ella lo recuerda de
este modo:

“Volví (mal dije, pues nunca cesé);
proseguí, digo, a la estudiosa tarea
(que para mí era descanso en todos
los ratos que sobraban a mi obliga-
ción) de leer y más leer, de estudiar
y más estudiar, sin más maestro que
los mismos libros. Ya se ve cuán duro
es estudiar en aquellos caracteres sin
alma, careciendo de la voz viva y
explicación del maestro; pues todo
este trabajo sufría yo muy gustosa
por amor de las letras”.



III. ¿Qué estudiar y para qué?

En sor Juana, el amor al conocimiento
fue un impulso tan poderoso como la fe
religiosa. Por dedicar demasiada atención
a los libros tuvo que sufrir enojos y reprimen-
das en el convento. A la postre, fue
causa de la tenaz persecución de que fue
objeto de parte del alto clero.

En un párrafo de la *Respuesta...*, recuer-
da con tristeza aquellos contratiempos.

“Yo confieso que me hallo muy dis-
tante de los términos de la sabiduría
y que la he deseado seguir, aunque a
longe. Pero todo ha sido acercarme
más al fuego de la persecución, al
crisol del tormento; y ha sido con tal
extremo que han llegado a solicitar
que se me prohíba el estudio”.

En cierta ocasión, la intolerancia de una
madre superiora llegó al punto de prohibir-
le tomar un solo libro, así fuera para repasar
temas religiosos.

En respuesta, sor Juana dejó de leer,
pero no de estudiar, pues la curiosidad in-
saciable de su mente la llevaba a reflexionar
sobre cosas tan comunes como freir un hue-
vo o ver a dos niñas jugando al trompo, de
las que obtenía conclusiones sobre formas
geométricas, fenómenos de movimiento,
deducciones científicas y mil cosas más. Por
fortuna, aquella prohibición duró sólo tres
meses.

Como lectora autodidacta que era, sor
Juana nunca hizo una selección rigurosa de
su material de estudio. Si bien de niña y
adolescente leía todo cuanto caía en sus
manos, en el convento dirigió su atención
hacia las ciencias, porque a todas, con sutil
agudeza, les encontraba relación o corres-
pondencia y descubrió cómo unas ayuda-
ban a otras y todas estaban al servicio de su
ideal religioso, según lo explica ella misma
en la *Respuesta...*:

“Con esto proseguí, dirigiendo siem-
pre, como he dicho, los pasos de mi
estudio a la cumbre de la Sagrada
Teología; pareciéndome preciso,
para llegar a ella, subir por los esca-
lones de las ciencias y artes huma-
nas; porque ¿cómo entenderá el
estilo de la Reina de las Ciencias
quien aún no sabe el de las ancilas?

¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fue virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural que Dios quiso poner en David? ¿Cómo sin Aritmética se podrán entender tantos cálculos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo sin Geometría se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes tan maravilloso? ¿Cómo sin Arquitectura el Gran Templo de Salomón, donde fue el mismo Dios el artífice que dio la disposición y la traza, y el Sabio Rey sólo fue sobrestante que la ejecutó;...”

Vienen después otras alusiones a la Historia, al Derecho y la Astrología como ciencias auxiliares y subordinadas a los estudios teológicos.

En esta parte de su perfil autobiográfico, sor Juana enfrenta con absoluta honestidad los inconvenientes que ella y cualquier otro lector autodidacta puede encontrar en esa búsqueda azarosa y

a veces desordenada del conocimiento, es decir, la falta de método, de programa, de dosificación y selección de temas que sólo un colegio superior, o un maestro, pueden dar. Y su argumentación en la *Respuesta...* es sincera y llega al punto toral de este breve estudio:

“...Y así no es disculpa, ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan; sino que el no haber aprovechado, ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad; lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo, no sólo en carecer de maestros, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible, y en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos”.

IV. ¿Medirse el talento?

En estas expresiones de excesiva modestia de sor Juana hay quienes han querido ver rasgos inconfundibles de una mal disimulada vanidad. El propio obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, que ocultó su identidad en el seudónimo de “sor Filotea de la Cruz” debe haberlos sentido como latigazos de una bien calculada suficiencia.

Esta actitud de sor Juana, y no el descuido de sus tareas de monja, soliviantaron el ánimo de sus enemigos en la implacable intención de hacerle insoportable la vida con el mayor daño que sabían muy bien podían causarle, que era el de obligarla a renunciar definitivamente a los libros y a los versos.

Lo consiguieron. La celda de sor Juana en San Jerónimo, según apunta Amado Nervo, llegó a funcionar como una academia, por las visitas, reuniones y consultas que en ella se realizaban. La fama de erudita de Juana Inés se había extendido a todo el país y había rebasado fronteras, pues se tienen noticias de que tenía correspondencia con notables personajes de la cultura europea, aunque, lamentablemente, su abundante epistolario está perdido y no figura en sus *Obras completas*.

A raíz de sus problemas con la jerarquía eclesiástica, y cuando sor Juana se vio sin ningún apoyo, ni siquiera el del padre Miranda, su confesor, la vida intelectual cesó, para dar paso a los rutinarios trabajos de convento, como ocupación exclusiva de una mujer que había desafiado a su siglo con la claridad de su mente y con su terco afán de saber.

Sor Juana escribió la *Respuesta a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz* en los primeros días de 1691, pues la fechó primero de marzo. Poco tiempo después, puso en venta los libros, aparatos científicos e instrumentos musicales que había logrado reunir en su biblioteca y repartió el producto entre los pobres.

Su fin, aunque prematuro, estaba próximo. Con la soledad y la vida expiaba la autodidacta el pecado de soberbia. Su muerte física, del 17 de abril de 1694, fue colofón de su muerte moral, que comenzó tres años antes.

En las páginas de la *Respuesta...*, quedó escrito un sutil consejo para sus críticos y detractores, testamento permanente para necios:

“¡Oh si todos –y yo la primera, que soy una ignorante– nos tomáramos la medida al talento antes de estudiar, y lo peor es, de escribir con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos y cuantas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran!”.

Fue sor Juana, sin duda, el más elevado ejemplo de capacidad para aprender por sí misma. Para ella, la universidad fue, como quería Carlyle, una colección de libros.Δ



Sor Juana y la muerte



l conmemorarse los 300 años de la muerte de sor Juana Inés de la Cruz, vale la pena recoger de su extensa obra algunos pensamientos que nos alleguen a la conciencia que la monja jerónima tenía acerca de la muerte.

En el romance “En que expresa los efectos del Amor Divino, y propone morir amante, a pesar de todo riesgo”, nos recuerda el poema de Santa Teresa “Vivo sin vivir en mí...” al plantear el ansia de ver a Dios:

[...]

*Muero, ¿quién lo creará?, a manos
de la cosa que más quiero,
y el motivo de matarme
es el amor que le tengo.*

*Así alimentando, triste,
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo,
es la vida con que muero.*

*Pero valor, corazón:
porque en tan dulce tormento,
en medio de cualquier suerte
no dejar de amar protesto.*

En el “Romance que respondió nuestra Poetisa al Caballero recién llegado a Nueva España que le había escrito el Romance ‘Madre que haces chiquitos’...” establece su dualidad vida/muerte:

[...]

*Dice que yo soy la Fénix
que, burlando las edades,
ya se vive, ya se muere,
ya se entierra, ya se nace:*

*la que hace de cuna y tumba
diptongo tan admirable,
que la mece renacida
la que la guardó cadáver...*

En el soneto “En que da moral censura a una rosa, y en ella a sus semejantes”, leemos:

*Rosa divina que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.*

*Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.*

*¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego desmayada y encogida*

*de tu caduco ser das mustias señas,
con que con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo ensañas!*

En “Escoge antes el morir que exponerse a las ultrajes de la vejez”, sor Juana aconseja el célebre adagio latino *Carpe Diem* que aconseja vivir la vida como nos va llegando

[...] –Goza, sin temor del Hado,
*el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarle lo que hubieres hoy gozado;*

*y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza:*

*mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja.*

La muerte por amor es una constante en la poesía universal, en sor Juana también se manifiesta:

*Con el dolor de la mortal herida,
de un agravio de amor me lamentaba;
y por ver si la muerte se llegaba,
procuraba que fuese más crecida.*

*Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil muertes a una vida...*

La ambivalencia entre vivir y morir se manifiesta en la fe cristiana de la vida eterna o la vida después de la muerte. El *Primero sueño*, obra capital de sor Juana, deja constancia de ello:

[...]

*El alma, pues, suspensa
del exterior gobierno –en que ocupada
en material empleo,
o bien o mal da el día por gastado–,
solamente dispensa
remota, si del todo separada
no, a los de muerte temporal opresos
lánguidos miembros, sosegados huesos,
los gajes del calor vegetativo,
el cuerpo siendo, en sosegada calma,
un cadáver con alma,
muerto a la vida y a la muerte vivo...*